

## Sección pluritemática

# Tres destinos del mensaje enigmático

*Prof. Jean Laplanche\**

Hoy volveremos a recorrer caminos ya conocidos, pero para indicar complejidades, que adopto, que propongo. Se trata de preguntas que les formulo, que nos formulo.

Bajo la forma de una exposición general, los invito a dirigir su atención hacia estas inflexiones, a estos desvíos. Desviarse no significa perderse. En esta oportunidad –y en ninguna otra– no estoy aquí para comunicar un dogma, sino para hacer un alto en el camino frente a las dificultades. Es de suma importancia identificarlas plenamente.

*“Mensaje enigmático”.*

Hay que tomar en cuenta las dos palabras de esta expresión.

*Mensaje:* ¿por qué, en mi primera expresión, “significante enigmático”, suprimí el término “significante”, aunque sonara mejor?

Lo hice para tener en cuenta la objeción de que *todo* significativo es “enigmático”, polisémico, cuando se encuentra fuera de contexto. Ahora bien, el mensaje aporta un contexto que debería hacerlo unívoco. Pero, justamente, a pesar de toda su contextualidad, en ciertos casos, es enigmático. ¿En qué casos? Cuando está comprometido por el inconsciente.

Es significativo que Freud comience sus “Lecciones de Introducción” con las operaciones fallidas, y no con los sueños. Precisamente, estas fallas del movimiento o de la palabra son todas *expresiones* fallidas.

---

\* Miembro de la Association Psychanalytique de France.  
Conferencia realizada en Gramado, del 1 al 3 de agosto de 1998.

*Pero hablemos un poco del mensaje*, es decir aquello que lo sexual viene a comprometer y tornar enigmático.

Esta es la base.

Es indispensable aquí hablar de lo *animal*, de lo animal que se encuentra por fuera de nosotros, el animal que se halla en nuestra base.

Hay que hablar de ello *abiertamente*, con el fin de evitar caer en malentendidos.

Hay que hablar de ello positivamente (en el sentido de la ciencia “positiva”), no míticamente.

El psicoanálisis ha largamente colaborado con el animal mítico en el hombre. “*Au fond de l’homme cela*” es el título en francés de un famoso libro de Groddeck. Y, en efecto, también para Freud el ello inconsciente se encuentra conectado con el cuerpo, y por lo tanto con lo que hay de más animal en nosotros. Lo más animal de todo sería... la pulsión de muerte.

*Homo homini lupus*. Demostré ampliamente que en este sentido esta fórmula es engañosa: ¿Cómo existiría en nosotros ese lobo cruel que no existe en la naturaleza?

Lo que acabo de decir no tiene como objeto, por lo tanto, evacuar lo animal que se encuentra en nuestra base. El existe en el *hombre*, pero no está en la *base de su inconsciente*.

Hablemos entonces de los animales, especie de la cual somos parte. Por allí comenzamos a saber muchas cosas interesantes. Disponemos de miles de filmaciones apasionantes de bestias salvajes.

Freud habló de la *autoconservación*, aunque utilizando este término en un sentido muy restringido: No veía nada más en los animales, fuera de lo sexual, más allá de la tendencia puramente homeostática a mantenerse con vida.

Esto puede ser cierto para una porción del reino animal, pero debe establecerse una *distinción mayor*:

Hay especies en las cuales la autoconservación no tiene relación con el congénere, que sólo mantienen relaciones con lo inanimado. Es este el caso del pececito que llena sus necesidades sin la asistencia de un congénere desde la eclosión misma del huevo. Por otro lado, se encuentran las especies en las cuales la autoconservación pasa necesariamente por la comunicación con otro de la misma especie, en general uno de los padres: La mayoría de las especies en general –aves, mamíferos– sólo logran la

autoconservación a través de la comunicación recíproca. Todo esto dejando de lado todo aspecto sexual.

¿Por qué habla de esto?

A causa de la teoría del “*attachment*”, que toma gran impulso desde y partir de Bowlby, y que tiende a invadir todo el campo psicoanalítico.

Un poco como la “relación de objeto”, el apego requiere ideas claras, demarcar delimitaciones.

Es en realidad mucho más importante que la relación de objeto, ya que la noción de apego se funda sobre observaciones innegables y no, como es el caso de la relación de objeto, sobre interpretaciones.

Sabemos que, en *nuestras* especies, cuando falta el vínculo madre-hijo o adulto-menor, no hay supervivencia, o si la hay, esta será completamente atípica.

En ello radica la urgente necesidad de *situar la psicología del apego*.

La misma no es estrictamente autoconservativa (como lo quería Freud –aun en el Proyecto– queriendo deducir la comunicación interhumana de la necesidad de alimento, tal como la expresan los llantos angustiados del niño de pecho.) Comprende afectos y mensajes, estrictamente intrincados y en parte *innatos*.

El apego es indispensable para la vida. El mismo es no sólo físico, sino también psíquico. Ya lo había demostrado Spitz, invocando en apoyo de su teoría del abandono la experiencia de monos jóvenes “criados” por monas mecánicas.

*Pero el apego no es lo sexual* ya que se correría el inmenso riesgo de ver a la seducción como una modalidad del apego.

Siempre reservé un lugar para la autoconservación. Desde “*Vie et mort*”, capítulo “*L’ordre vital*”.

Es cierto que esto es así con variaciones personales, en lo que concierne a su importancia.

¿Por qué?

1) En la medida en que el yo –el amor del yo– retoma la autoconservación para sí.

Se vuelve a tomar “desde los cimientos” en la realidad, a la autoconservación por lo sexual. Esto es el movimiento mismo del “pansexualismo en acción”.

2) Por otro lado, porque el psicoanálisis, desde su posición, deja a la autoconservación en los límites de la situación. La práctica psicoanalítica se interesa solamente en este retomar desde los cimientos.

El lugar asignado a la autoconservación y el apego debe por lo tanto reservarse, discutirse. Pero no obtendrán nada si no delimitan netamente lo sexual, que es nuestro dominio propio.

*Dentro de algunos, años, la genética hará la evaluación de lo innato y de lo adquirido. Esto se llevará cabo, sin duda alguna.*

Pero apuesto que no encontrará en lo innato, en los genes,

- ni la pulsión de muerte
- ni la sexualidad infantil
- ni las llamadas fantasías originales.

Lo que muy probablemente encontrará será el apego, la ternura (y también repulsiones primarias), ya que con el apego existe también el contra-apego.

¡Y también *la sexualidad!* Sí. Pero la sexualidad instintiva, genital *adulta*, la que llega luego de la pubertad. Esta sexualidad instintiva tras la que corre, para intentar atraparla, la sexualidad pulsional, infantil, fantasmática.

¡Esto es así porque, en la cronología de *nuestra evolución sexual*, el instinto viene después de la pulsión!

¡Lo innato viene después de lo adquirido!

¿Por qué darle tanta importancia a la *Bindung*?

Porque ella se encuentra en la base –en el sentido más trivial: la mesa es la base sobre la que se apoya la comida–. Respecto al funcionamiento psíquico, Brener lo compara con el funcionamiento del teléfono. Se establece la comunicación, hay una interacción continua, de base; a continuación se la modula.

Yo agrego lo siguiente: repentinamente, en *uno solo de los extremos*, el aparato funciona mal. Hay interferencias, lo que la teoría de la comunicación denomina “ruidos”. Pero estos ruidos no son –en este caso– puramente insignificantes. Son significantes que vienen de otra parte, precisamente del *inconsciente del adulto*.

La lengua fuente no es ya la lengua de llegada. El mensaje aparece distorsionado, no se llega a oír. Es necesario, por así decirlo, inventar una nueva lengua de llegada.

¿Inventar? Tal vez sea más ir a buscar, obtener los códigos de simbolización que permitirán, ya sea mal o bien, rendir cuenta de este mensaje atípico.

Atípico, continúa perteneciendo al orden de la comunicación. Así como en el caso del lapsus, la perturbación no es un mero accidente material. Da la impresión de una distorsión del sentido, pero es *imposible de contener* enteramente.

*El lapsus ordena ser explicado*; se encuentra en el origen, en el caso del receptor, de una *verdadera pulsión por traducir*, o interpretar.

Este año tuve la ocasión de abordar, en un seminario, la cuestión del *género y del sexo*. Quisiera expresar algunos fragmentos.

El género –a pesar de los desvíos de Stoller– es un nombre útil para designar a la dupla masculino-femenino. Freud ve en ello la última polaridad, la más compleja (luego: activo-pasivo, y fálico-castrado). Pero, más a menudo, Freud sitúa a la polaridad masculinidad-feminidad *al final* de un desarrollo complejo.

Sin embargo, en un cierto momento de su razonamiento, Freud ubica también al género *en el comienzo* del desarrollo, precisamente como enigma. Como enigma de la diferenciación de la especie humana en dos subespecies. Esto así para los ojos de aquel que llega a este mundo. Y después de todo, ¿por qué 2 y no 3 o 4?

Pero, se trata sobre todo de un enigma que llega al infante humano como mensaje. Se habla *de asignación*: “a partir de ahora, en los cartones de embarque, tacharás la casilla M o F”. “Pedrito, eres varón”.

La asignación no es sexual, ni aun sexuada. Es la asignación a uno de los dos grupos, a un *género*, tal como en otros tiempos debíamos completar la casilla de “religión” o “raza”. Pero, evidentemente, la asignación se ve enteramente comprometida por lo sexual, consciente o inconsciente, de los adultos que la pronuncian.

“Pedrito, eres varón”. Esto suena tautológico, al punto que no hay un código para traducirlo. Pero es sin embargo evidente que hay algo para traducir. *Ese es el mensaje enigmático*.

Conocemos una de las soluciones, la más fácil de todas; se trata de la teoría sexual, que dista de ser, a pesar de todo, universal: los varones tienen pene, las niñas no tienen nada. A partir de este punto, la tautología “Pedro es varón” se metaboliza, ya que ser varón significa ser parte de los que “lo tienen”. Respecto a lo reprimido del complejo de castración, puede decirse que es inmenso. Es, simplemente, toda la sexualidad infantil.

*Me refiero ahora a los tres destinos.*

Los conocen de antes,

- la intromisión y el destino forclusivo ,
- la represión
- ¿el tercero? ¿la inspiración?

I) El *destino forclusivo*. No voy a describir un dogma. Al contrario, los inmensos puntos de dificultad, de llamado al trabajo que representa.

El término “intromisión” es sólo una palabra, una imagen corporal empleada para designar todo aquello que se introduce en el interior pero continúa siendo un cuerpo extraño no metabolizable.

Se comienzan a explorar dos vías. El campo del superyo, con Martha Cardoso, José Gutiérrez y Kenia Behr. Y el inmenso campo psicótico, con, entre otros tantos, Dupeu y Tarelho.

En realidad, se trata de un campo muy heterogéneo, tanto desde el punto de vista de las causas como del destino de esta metabolización.

Las causas se encuentran forzosamente de los dos lados: el mensaje y la recepción.

El *mensaje*, el tipo de mensaje. Tarelho insistió mucho sobre esto, explorando el aspecto “paradojal” del mensaje. Sin adentrarme en la técnica lógica del mensaje “tipo Palo Alto”, debe decirse que ciertos mensajes se presentan en su estructura como no metabolizables. A lo sumo son susceptibles de desplazamientos metonímicos.

Muy recientemente, Anne Hage sostuvo una tesis sobre Stendhal. Se trata de un autor (pienso en su novela “Rojo y Negro”) del cual los aspectos persecutorios y superyoicos no han sido suficientemente señalados. Durante la Revolución francesa, se utilizó una frase de gran peso para acusar a su padre, a saber: “notoriamente sospechoso de no querer a la Revolución”. Si se pone provisoriamente entre paréntesis a “la Revolución”, “notoriamente sospechoso de *no* querer” es una acusación absolutamente no metabolizable: ¿cómo se puede ser notoriamente (abiertamente) sospechoso (latentemente)? Y, además, ¿cómo se puede ser sospechoso de *no*, siendo “no” lo que, por definición no se incluye nunca bajo los sentidos?

Ahora bien, Stendhal no se rebela contra esta frase de acusación al padre. Al contrario, se levanta contra su padre, que intenta evitar esta acusación. “Con qué derecho”, dice Stendhal, se atreve a negar que es “notoriamente sospechoso”. ¡En efecto...! Se ve como la acusación jacobina revolucionaria, no metabolizable en el padre, se transmite casi intacta en el hijo. En Rojo y Negro, Julien es un héroe que es “notoriamente sospechoso de no querer”.

Se podría tal vez decir que, tanto del lado del *superyo* como en la *persecución* declarada, el *tipo* de mensaje es aquello que debe ser discutido ante todo.

Pero, por supuesto, en muchos otros casos de psicosis o casos límites, las condiciones mismas de recepción tornan la metabolización casi imposible:

A veces es muy difícil captar alguna parte de un mensaje en el *acontecimiento traumático*. Aunque la tarea del terapeuta debe ser siempre intentar retomar el hilo de un mensaje posible.

A veces las condiciones subjetivas, la capacidad misma de la metabolización es deficiente en el sujeto. Inclusive en este caso, el campo continúa abierto.

II) *El segundo destino* del mensaje enigmático es la represión, y no retomaré en este trabajo lo que pude decir al respecto, especialmente en “*Court traite de l'inconscient*”.

Sin embargo, aún quedan muchos problemas, casi todos los problemas, ¡afortunadamente!

Mencionaré dos:

- la fantasía inconsciente
- los destinos ulteriores de lo sexual.

“Sostuve y mantengo que el núcleo del inconsciente no está constituido por mensajes o palabras, sino por significantes designificados, no coordinados entre ellos, los “objetos fuente”. En otras palabras, lo reprimido primario no es ni “representarse” ni “comunicar”.

No es menos cierto que no nos vinculamos a él directamente, sino solamente a través de escenarios más articulados, aunque sean plurívocos y no unívocos: esto es lo que se denomina como “fantasías inconscientes”.

Esto no es un problema “laplanchiano”, sino *freudiano*. Lean el comienzo y todo el capítulo VI del “inconsciente” intitulado: “el comercio de los dos sistemas”:

“No sería justo admitir que el comercio entre los dos sistemas se limita al acto de la represión, en el cual el Pcs empujaría al abismo del Ics todo aquello que encuentra perturbador. Contrariamente a esta idea, el les está vivo, etc.”.

Es la temática de los *retoños* del les, es decir de las fantasías inconscientes. Se trata de una temática que debemos retomar para intentar elaborarlas mejor.

Las fantasías, dice Freud, son “mestizas”. Esta es una imagen, pero tan sólo una imagen.

Lacan intentó dar una imagen “matemática” bastante poco elocuente a esta imagen: \$◊a

¿Puede irse más allá de esto? Creo que sí, continuando interrogándonos sobre las condiciones básicas de la represión, sus condiciones a la vez estructurales, históricas y de desarrollo.

Quiero decir: si reprimir es primeramente traducir, ¿cuáles son las condiciones mínimas de una traducción?

Presencia de un código –es cierto– provisto por el mundo adulto; estas son las condiciones mínimas para un código.

Esto nos envía inevitablemente a la *psicología del desarrollo*, de la cual no tenemos razón alguna para desconfiar, *luego* de que los territorios fueron debidamente delimitados. Ya que aquí, en la traducción, proceso preconsciente, se trata en esta oportunidad de una representación, de un “representarse”, un proceso que no se encuentra allí desde el comienzo, sino que se adquiere en el desarrollo.

Es cierto que los mensajes del otro se *inscriben antes de poder ser representados*; pero el estadio de la traducción supone ese trabajo de representación, que es de carácter secundario. “¿Pueden fantasear los niños de pecho?” Este es un artículo de Martin Dornes que plantea la pregunta en el marco de otras referencias, pero que desemboca finalmente en resultados utilizables, si los transponemos bajo la forma de “a partir de cuando pueden los jóvenes infantes simbolizar, traducir y reprimir?”

En lo que respecta al *destino ulterior de lo sexual*, luego de la o las represiones originarias, diría brevemente en dónde se encuentran mis reflexiones, especialmente en lo que se refiere al siempre recurrente tema de la sublimación. Para simplificar las

cosas, puede en efecto decirse que el destino de lo reprimido normal y/o neurótico es doble: sublimación-síntoma. El “pansexualismo en acción” del ser humano se realiza a través de estas dos vías.

Sobre la sublimación, diría hoy en día que me parece como un destino mucho más general, más trivial de lo que parece luego de los innumerables trabajos sobre la sublimación “sublime”.

Aunque es el yo mismo, agente mayor de Eros, el que retoma la carga de los intereses vitales, y si su energía es como dice Freud, desexualizada y sublimada, entonces la sublimación, la transformación de la pulsión en lo que respecta a sus objetivos y objetos, va a aparecer, en verdad como la transferencia, la transposición de la energía sexual de muerte en energía sexual de vida, el dominio, el vínculo de una pulsión, anárquica y destructiva en sus orígenes.

*Wo Es war soll Ich werden.*

Si se entiende que el núcleo de ello es la pulsión sexual de muerte, esta fórmula podría ser transpuesta del siguiente modo: Allí en donde estaba la pulsión sexual de muerte, Eros, pulsión de vida, debe aparecer.

Que Freud agregue que se trata en este caso de un “trabajo cultural comparable a la desecación del *Zuydersee*”, nos indica explícitamente que *el conjunto de este proceso psíquico*, que puede denominarse vínculo, puede finalmente asimilarse al campo precedentemente llamado sublimación. Me explicaré jalonadamente.

1) Clásicamente –por así decirlo– la sublimación se asimilaba a una especie de tratamiento de desechos pregenitales de la genitalización. Se sabe que Freud afirmaba constantemente que el destino sublimatorio era en primer lugar el de los restos no integrados de las pulsiones pregenitales.

Pero a partir del momento en que subsumimos dicha “genitalización” bajo la iniciativa general de los procesos de vinculación, la misma pierde su privilegio, su situación aparte, con respecto al movimiento general de aculturación, y, hay que decirlo, de desexualización. Corro el riesgo de causar una conmoción afirmando que “el Edipo” es mayormente no sexual, y desexualizante. La “leyenda del conquistador”, a través de la eliminación del padre y el desposorio de la madre, relega completamente a la sexualidad orgásmica, la cual puede tan sólo sospecharse que existió en el coito entre Yocasta y el asesinato gozoso de Layo.

Para hablar de lo cotidiano, refirámonos a la “relación genital”, bajo todas sus formas –del “amor loco” al matrimonio que parte del “amor” para transformarse en un matrimonio basado en la “razón”– de las uniones efímeras al compromiso en una existencia común y creadora –de la unión sin hijos al destino familiar–. Las formas son ricas e innumerables, pero, ¿cómo afirmar que se trata única y hasta principalmente de formas de la “vida sexual”? Los aspectos sexuales propiamente dichos, la sexualidad en el sentido de los *Tres Ensayos*, ya sea esta genital o paragenital, no representan sino una pequeña parte cuantitativa, y siempre cualitativamente integrados en una relación, social o asocial, poco importa, que los desborda. Se puede hablar a justo título, a propósito de todas las formas de genitalidad, de *modos de sublimación* de la sexualidad.

2) Un segundo punto sería que, en todas estas formas de vida (tomando esta palabra en el sentido de las pulsiones de vida, y Eros), lo cual viene a estar vinculado, es siempre y continúa siendo los múltiples componentes de la pulsión sexual de muerte, del sadismo y del masoquismo.

3) Mi tercer punto, finalmente, será para señalar hasta qué punto el elemento que Freud denominaba “valorización social” cambia aquí de aspecto: de factor sobregregado se transforma en algo intrínseco al proceso mismo de vinculación, incluyendo la idea de *proceso cultural*.

Hay que aclarar que esto no significa que nos ubicamos en una posición de aprobación con respecto a tal cultura, ni, inversamente, que adhiramos a un relativismo cultural.

Propuse la idea de que la vinculación del mensaje enigmático del otro se efectuaba siguiendo el modelo de una traducción, gracias a códigos, más o menos gastados o elaborados aportados al niño por su entorno. Esta traducción no es solamente el producto de los primeros mensajes y de las represiones originarias. A lo largo de la infancia (ya hay que agregar, a lo largo de la cura analítica) se producen movimientos de destrucción y retraducción, regidos por el proceso del ya es demasiado tarde. A la estupidez del vínculo narcisista-gestáltico, en donde la totalidad unificante se impone sin mediación, realizado durante la complejidad de los vínculos simbolizantes y de los sistemas simbólicos.

“*Transposiciones pulsionales, en particular en el erotismo anal*”. Un texto que propone una encrucijada para lo que se relaciona a la simbolización y también a la sublimación. Vemos allí mutaciones de la pulsión, de su objeto y necesariamente de su objetivo, bajo el signo del *objeto parcial*. Digamos en seguida que, si debiéramos

caracterizar este momento de vinculación de la pulsión, habría que hablar de *intercambio*, un intercambio en el cual el objeto anal permanece como un caso particular aunque esencial.

Citaré aquí una anécdota corta. Un varoncito, en edad de cambiar los dientes de leche, tiene costumbre de poner su diente en una cajita bajo su almohada. El Ratón vendrá durante la noche a cambiar el diente por un regalo. A la hora de despertarse, el niño desliza con confianza la mano debajo de la almohada, palpa... y percibe un papelito. Convencido de que se trata de una misiva, lo cual significa que se portó demasiado mal como para recibir un regalo, se hecha a llorar. Solo se verá medio consolado por su madre cuando esta le muestre que trata de un billete... monetario.

¿Por qué esta transformación de lo bueno en malo, del regalo en castigo? Arriesgo una hipótesis, sugerida por el término “billete”: billete significa a la vez misiva de reprobación y billete monetario. En los dos extremos, encuadrando el objeto parcial del regalo, encontramos al significante puro: por una parte el significante inconsciente, siempre vinculado a un cierto ataque interno, y sabemos que nadie es inocente ante el inconsciente. Sin embargo, por otra parte, más allá del regalo personal del ratón, se encuentra el significante puro. Como signo monetario: el objeto moneda que se transforma en un no objeto (Marx decía: la mercancía-moneda es una no mercancía).

El paso de la pulsión sexual desvinculada a un vínculo bajo el signo del objeto parcial es la obra del yo, poniendo en movimiento dicho sistema simbólico-ideológico. En este caso, se trata de sistemas completamente primordiales, que regulan el intercambio en el ámbito antropológico. Nada nos permite pensar que tal o cual sistema tenga la exclusividad para sí. Pero se puede señalar que con el intercambio abstracto y generalizado se produce una especie de *regresión del objeto parcial hacia el indicio*, de la pulsión de vida hacia la pulsión de muerte y, con ella a una desublimación.

Reagrupemos los conceptos. La sublimación, tal como fuimos conducidos a concebirla, no tiene nada de proceso aparte. Es, deberíamos decir, el proceso normal de aculturación, a través de la cual yo intenta sin fin desecar el *Zuydersee* del ello, transponiendo por partes las pulsiones de muerte en pulsiones de vida.

Pero no quisiera dejar de lado este desarrollo, que trata de la sublimación ordinaria, en el sentido más amplio que exista, sin tomar distancia con respecto al privilegio atribuido por Freud a ese movimiento conquistador de la pulsión de vida. Tan necesario como sean el proceso de ligazón, no hay que olvidar que este se logra a través del yo, y ello bajo sus dos modalidades principales: ligazón a través de la imagen narcisista por

una parte, ligazón a través de los sistemas mito-simbólicos por otra parte. Aprendimos a desconfiar de estos últimos, y no podría comenzarse un análisis sin aceptar que se los cuestione, en su contingencia, su historicidad, y hasta sus contradicciones y absurdos. Las diatribas de un Bordieu contra los “sistemas simbólicos” dominantes no deben inhibirnos, al contrario, en lo que debe ser una actitud analítica al respecto.

Debe señalarse asimismo, a diferencia de lo que postula cierto lacanista, que tanto lo “simbólico” como “lo imaginario” están ambos al servicio del yo. Al servicio del yo, y por ello, comprometidos en la perspectiva casi inevitable del encierro “ptolemaico”.

Este movimiento de la sublimación podría situarse entre dos polos: el del *síntoma* y al que designo como *inspiración*.

Del primero, recordaré solamente que él también marca una modificación o desexualización parcial de los objetivos. Pero esta se lleva a cabo basada en el modo principal del compromiso, en donde por cierto no falta una cierta simbolización, pero es siempre errática con respecto al conjunto del yo. En muchas existencias, a una sublimación que existe efectivamente en todo ser humano, se juxtapone una sexualización neurótica, en donde lo sexual vuelve a menudo bajo las formas más crudas, ya sea infiltrándose en las tareas cotidianas, abiertas a la obsesionalidad, y hasta a una analidad patente, ya sea insinuándose en las relaciones interhumanas, a menudo marcadas por el sadomasoquismo, sino por el odio.

Aquí la llamada sexualidad pregenital, y también genital infantil, recupera su preeminencia. Tal vez no se ha indicado lo suficiente que a diferencia de la sexualidad genital adulta, sus fines son esencialmente fantasmáticos. A este respecto se encuentran las acciones descritas por Klein en referencia a la posición paranoide: atacar el interior del otro, recortarlo, quemarlo, etc... ellas mismas tomadas de esquemas de la vida cotidiana, se integran con total naturalidad en esta posición bajo formas más o menos disfrazadas.

Me atrevería a agregar que esta sexualización casi abierta ayuda tal vez simplemente a vivir a una parte –la mayor parte– de la humanidad, a la que, por supuesto, no vemos casi o no vemos nada si no es a través de los medios de comunicación.

Encuentro que es indispensable mencionar ese punto esencial, tratándose de un tema de antropología psicoanalítica –la sublimación– que necesita una puesta en perspectiva antropológica. No olvidemos simplemente que el análisis tiene tan solo en su campo de experiencia efectiva a 0,000...% de los individuos de los que apenas conocemos la

existencia a través de las pantallas de televisión: masacradores y masacrados, asesinos, violadores y violados, deportados, aprisionadores y prisioneros, esclavos de los tiempos modernos y de todos los tiempos. El beneficio primario es sobre todo secundario aportado por la sexualización a instancias, ante todo de la pulsión sexual de muerte sádica pero principalmente masoquista. Esto no implica para nada que la tendencia a la ligazón y a la simbolización no continúe con su obra desde otra parte.

### III) *Finalizaré sobre un 3er destino.*

Es difícil calificar y delimitarlo. Es cierto que se trata de un mensaje enigmático, pero es sobre todo un destino del *enigma*.

Este destino no se escapa para nada a la perspicacia de Freud, especialmente en su *texto sobre Leonardo*. Se trata de un artículo espléndido en el que, precisamente, la teoría de la seducción casi vuelve a la vida. En ese texto, a propósito de la pulsión de investigación de Leonardo, Freud habla de una sublimación totalmente especial. No se trata de una derivación secundaria de la pulsión hacia objetivos no sexuales, sino lo que él llama una sublimación “desde el origen”. Nosotros no podemos comprender esa fórmula que Freud repite en su artículo, que como un presentimiento del hecho de que la pulsión *tiene orígenes*, históricos y no biológicos, y que es un destino sublimatorio posible, *vinculado con este origen*: “La sublimación de los primeros orígenes se prepara en el momento de la primera represión” (OCFP 160).

Freud no es siempre claro sobre lo que llama una tercera manera de tratar la sexualidad, en la actividad de la investigación, y especialmente en Leonardo.

Conviene ser prudentes con respecto al tema de “*la investigación*”. No se trata de la investigación puramente científica, ni inclusive puramente intelectual. Se trata de una investigación que involucra la curiosidad más existencial de todas, el cuestionamiento profundo de la verdad de los seres, y no de una investigación puramente técnica:

Así, en *Leonardo*:

“Nada puede amarse o odiarse si no se tiene previamente conocimiento (OCFP 97).

Y *Giacometti*:

“El arte me interesa mucho, pero la verdad me interesa infinitamente I más” (Escritos 267).

Sin duda, este destino no *es puro*, en ninguno de los dos. No es puro ni de la neurosis, ni de la psicosis, inclusive.

En Giacometti, el aspecto de la *sexualización que* denomino secundario no está ciertamente ausente. Y, en Leonardo, Freud nota esta intrincación de distintos niveles: “de este modo la represión, la fijación y la sublimación disponen, repartiéndoseles, de las contribuciones que la pulsión sexual procura a la vida espiritual de Leonardo.” (p. 159).

Y en ambos artistas existen componentes –especialmente sádico anales– extremadamente cercanos.

Anales –quiero decir, en Giacometti, desde el enchastre precoz con excrementos de una tela de su padre, hasta sus yesos pintados, ellos también enchastrados, de forma casi “sacrílega”.

Y en Leonardo, todas las bufonerías escatológicas que conocemos.

La práctica de la escultura– de forma más inmediata que la pintura –me refiero al modelaje, está evidentemente en contacto directo con la analidad, y Giacometti (que no ignora a Freud) lo sabe bien:

“Es una manía como cualquier otra manía de manosear la tierra, con el pretexto de trabajar con ella”.

Con relación al sadismo y la muerte... Pero antes de decir nada, quiero subrayar algunos puntos de Giacometti y Leonardo.

La creación, en Leonardo y sobre todo en Giacometti, aparece como *lacerada por el vector de la “investigación”* o, para decirlo de otro modo, de la “*búsqueda*”, ¿pero, en qué sentido orientar ese vector? Sin duda la creación proviene del individuo, en este sentido es centrífuga. Pero lo que la llama y orienta es un *vector que proviene del otro*.

Para *Leonardo*, “el ojo es la ventana del alma”, lo cual marca una apertura, y hasta una exposición del alma.

En *Giacometti*, la mirada del otro es lo que debe restituirse. No es un “tema” cualquiera, es la figura humana, y la mirada ante todo. *No* es una mirada personal, *ni tampoco* una mirada abstracta, sino que es la mirada del otro como enigma.

Esto, tan evidente en Giacometti, se encuentra también en Leonardo –con la sonrisa– la sonrisa que él también “dirige” –indescifrable por siempre–. Y esto a pesar de todas

burlas de que ha sido blanco la *Gioconda*. Digo “lacerar”: Por medio de un vector centrípeto. Apertura del trauma al trauma. El trauma del enigma.

Esta apertura no se adquiere de una vez para todas, tiene eclipses. La apertura, radica precisamente en estar disponible, para el otro que vendrá a sorprenderme.

Parecería que hablo de manera mística. Me refiero aquí a Freud que nos describe un verdadero renacer de Leonardo, con su encuentro con la *Gioconda*.

En Giacometti también, los encuentros con el rostro del otro vienen a puntear, *relanzar* la investigación.

mirada sobre el otro agonizante

mirada sobre el otro que mira.

Elige algunas personas, modelos privilegiados de su pintura o de su escultura, que agotar, por así decirlo.

¡No tenemos fotos de Leonardo niño! Pero de Giacometti, hay una foto extraordinaria, ese intercambio de miradas:

La verdadera sonrisa leonardesca de la madre

La mirada escrutadora, dura como piedra, de Alberto.

F Una mirada escrutadora que imaginamos sea la de Leonardo, acompañando a los condenados a muerte al patíbulo, para captar el enigma que se oculta detrás.

Lejos está de mí la idea de que el enigma del otro se encuentre siempre mediatizado, vectorizado por la mirada, Pero, en cambio, estoy convencido de que el enigma del otro –del otro humano adulto– vehicula otros enigmas que llamamos primeros o últimos. Enigma de la muerte. Enigma del ser –que no nos llegan– que se actualizan sólo en el mensaje del otro, inclusive del otro agonizante (Cf Freud: *De guerra y la muerte. Temas de actualidad*.<sup>1</sup>

¿Por qué introducir el término de inspiración, como alternativa, como término adecuado para esta forma de *sublimación originaria* de la cual habla Freud?

Por no ser un “mecanismo” que se sustituye a otro, la inspiración *no es un mecanismo: no se declina ni en yo, ni siquiera en sujeto. Se declina en otro*. Su sujeto es el otro. Esto es así tal como lo es para la seducción, la persecución, la revelación.

---

<sup>1</sup>. OCFP. XIII p. 149.

Y aquí, *aun otra paradoja*. Este otro inspira como enigma creador, otro humano, pero también, mediatizados por él, el otro de la muerte, y hasta el otro de la Naturaleza.

Pero hay *aun otro “otro” del creador*. Me refiero a *su público*. Entiendo por ello, no a un público determinado que se trata de manipular, sobre el que hay que producir, a través de medios precisos y calculados, un cierto efecto. Más allá de ese otro de *pragmática*, está el otro indeterminado, el otro al que se dirige infinitamente, el otro del siglo venidero, parafraseando a Stendhal.

¿Se trata acaso de un movimiento “ptolomeico”, que va desde el creador que “se expresó” – hasta un público “receptor”?

Hay aquí, creo yo, una inversión. Ya que *la espera, ella misma enigmática, del otro, es quien suscita el movimiento creador*.

*Se trata por lo tanto de una doble apertura*. Eso es así en el sentido en que el sustantivo “apertura” significa estar abierto, no solo *a sino por...*

“*El psicoanálisis como sublimación*” es el título de un artículo de Lagache. Un artículo del que derivó no solamente esta idea (que no pertenece a Lagache): el psicoanálisis *como práctica* tiene algo que ver con lo originario: No puede confrontarse con lo originario del cuestionamiento del otro.

La situación analítica reitera este cuestionamiento. Restaura, mantiene la apertura con firmeza. Esto se lleva a cabo en contra del movimiento psicoterapéutico, yoico, defensivo, que busca cerrarse. La situación analítica crea, inusitadamente, una situación análoga a la de la inspiración.

¿Qué quiere este analista que yo sea? ¿Cómo ubicándose en enigmático, en, *emisor enigmático*?

También: ¿Qué quiere *de mí*? Ocupando el lugar de un “*público*” cuya espera es ella misma enigmática.

Hay análisis que cierran las heridas: ¿qué hay de más legítimo que eso? Hay análisis que se cierran sobre las heridas, lo cual es mucho menos deseable si encierran, enquistan algún tipo de absceso.

Freud compara a veces al análisis con una intervención quirúrgica. ¡No irán, dice, a dejar las cosas acomodadas como para que salten, una vez abierto el vientre, en la sala de operaciones!

Comparación instructiva, el trabajo de analista es ante todo de desligazón. Es una práctica dominada, de la pulsión sexual de muerte, como “desbocamiento” (= desligazón). Esta apertura de la herida, del otro como herida, es también lo que denominé como transferencia en hueco.

*¿Hay que cerrar?* En realidad, la decisión no depende de nosotros. Pero lo que creo saber, es que a veces esa apertura se mantiene, transportada hacia afuera, hacia otros campos de alteridad.

Es a eso que hay que referirse como transferencia de transferencia. Transferencia hacia otros campos de *inspiración*, *cuy a* práctica de análisis es una de las más notables, pero no la única.

Helo aquí...

El alemán tiene una hermosa palabra para decir “elementos”, “contribución a”, etc...: La palabra *Bausteine*, “piedras de construcción”. Mi próximo compendio de artículos tomará tal vez este título poco francés: “Piedras de construcción, para una metapsicología”.

Les ruego que tomen lo que acabo de decir como una fervorosa invitación a aportar, sin miedo, sus piedras de construcción al edificio que se está creando, sobre la base de “Nuevos Fundamentos”.

**Descriptoros: APEGO / SUBLIMACIÓN / GENERO / SEXUALIDAD**